

MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto



conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Autoridades

Presidente de la Nación

Dr. Alberto Fernández

Vicepresidenta de la Nación

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Cultura de la Nación

Prof. Tristán Bauer

Comisión Nacional de Bibliotecas Populares

Presidenta

Lic. María del Carmen Bianchi

Secretaria

María Guadalupe Conde

Vocales

Cdra. Marisa Alfiz

Lic. Adriana Lis Maggio

Daniel Lorente

Elsa Inés Tañski



MALVINAS

Memorias de infancias
en tiempos de guerra

Selección y prólogo
María Teresa Andruetto

Malvinas : memorias de infancias en tiempos de guerra / Isol ... [et al.] ; compilación de María Teresa Andruetto ; Prólogo de María Teresa Andruetto. - 1a ed ilustrada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares, 2022.
168 p. ; 28x 20 cm. - (Biblioteca Popular)

ISBN 978-987-1696-34-5

1. Literatura Argentina. 2. Guerra de Malvinas. I. Isol II. Andruetto, María Teresa, comp. III. Andruetto, María Teresa, prolog. CDD 997.11

Idea y coordinación general
María Julia Magistratti

Coordinación editorial
Esteban Gutiérrez
Laura Rovito

Diseño y diagramación
Ariana Jenik

Producción
María Celeste Albe

Ilustración de tapa
Isol Misenta

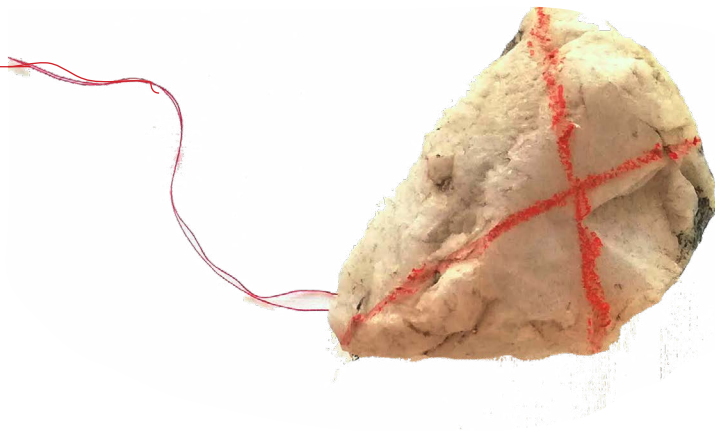
Colaboraron en esta edición:
Marisa Alfiz, Noelia Ale, Paola Molina, Gisela Miliani

Obra Registrada en la Dirección Nacional
de Derechos de Autor Ley 11.723

ISBN: 978-987-1696-34-5

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.





MALVINAS

Memorias de infancias en tiempos de guerra

Selección y prólogo

María Teresa Andruetto

conabip
Comisión Nacional de Bibliotecas Populares



Ministerio de Cultura
Argentina

Índice

- Presentación, 11
- Prólogo de María Teresa Andruetto, 14
- Isol Misenta / *Aires del '82*, 18
- Fernanda García Lao / *Niña sin patria*, 20
- Roberta Iannamico / *El cuento de Malvinas*, 28
- María Elina Méndez / *Yo y la guerra*, 32
- Luciano Saracino / *Flores*, 34
- Mariano Quirós / *Los vendedores de enciclopedias*, 40
- Matías Trillo / *Pastosa emanación de matadero*, 46
- Ariel Williams / *La noche de los focos*, 48
- Julián Axat / *Chimbote y temerario*, 56
- Poly Bernatene / *Me lo contaron en colores*, 60
- Marcelo Guerrieri / *Es todo cuanto puedo dar*, 62
- Patricia Suárez / *Claridad*, 72
- Cynthia Orensztajn / *Carta a un soldado*, 82
- Alejandra Kamiya / *Cosas que no sé*, 84
- Eduardo Sacheri / *El silencio del pescadero*, 90
- Costhanzo / *Bajo fuego*, 96
- Gustavo Murillo / *Una odisea (el camino más largo)*, 98
- Sergio De Matteo / *Niebla de guerra*, 102
- Nicolás Arispe / *La batalla de Monte Longdon*, 110
- Viviana Ayilef / *El portero de la escuela*, 112
- Silvia Mellado / *Retales*, 118
- Pablo Bernasconi / *Contrapunto*, 124
- Natalia Ferreyra / *Como si acá no hubiera pasado nada*, 126
- Leo Oyola / *Los ojos más lindos de Isidro Casanova*, 132
- Raquel Cané / *Monstruos y titiriteros*, 136
- María Pia López / *La provincia de la infancia*, 138
- Láminas, 145



Gustavo Murillo

Nació en Tartagal, 1977. Estudió filosofía y ciencias políticas. Publicó textos de ficción y artículos periodísticos en diversas páginas web. Entre sus textos de ficción se destacan el libro *Relatos en la frontera* y el cuento "Alas en la cabeza", publicado en la revista *Cuadernos del Trópico*.

Una odisea (el camino más largo)

Hubo chicos que volvieron de la guerra, en mi pueblo. Hubo varios, así como hubo quienes jamás volvieron y aún se los recuerda a través de espacios públicos, escuelas, plazas, y por el compromiso constante de las familias con su memoria. Sin embargo, entre los que volvieron hubo menos recuerdo, y más un lento trabajo interno, lo imagino así al menos, para volver de verdad. Para nosotros, los argentinos, es común el irnos, somos un país de inmigrantes, pero es muy difícil el volver. Hasta técnicamente ha de ser muy difícil volver al fin del mundo, encontrar ese lugar una vez más. Hay un viejo tango en donde el cantor se enorgullece: él, como pocos, dice que fue capaz de volver, de estar sin ser un fantasma, de volver cambiado, sí, a un país diferente ya, pero aun así ocupar un espacio. Aunque quizás el tango diga lo contrario: que en realidad es imposible volver.

Quiero aclarar que cuando era un chico mi país vivía en guerra, en guerras: hubo guerra contra el peronismo, hubo dictaduras contra las que se luchaba, cada una vengada por otra peor, más violenta, más siniestra, más irracional. Hubo también guerras contra la subversión, con sus muertos, sus mujeres, hombres y niños humillados, secuestrados, abusados, desaparecidos. La guerra con Chile quedó de escaramuzas en la frontera y silencio en las ciudades: la obligación de oscurecer el país entero, encerrarse en las casas tapando con mantas ventanas y puertas. Desde el cielo, Argentina también debía desaparecerse si quería sobrevivir.

En un pequeño pueblo petrolero la gente vive en la milimetrada disciplina del trabajo. La vida es dura, se vive en un sacrificio formidable que vale la pena. Enfermarás de insolación si permanecés demasiadas horas en la intemperie de los veranos, el agua es escasa, el monte invade las afueras del pueblo con su pequeño ejército de insectos, serpientes, arañas... Sin embargo, ese sacrificio tenía un sentido, la paga, y aún otro, más profundo, el íntimo orgullo de ser un agente del Estado. Pertenecer al Estado y su orden, su poder, su seguridad en ese monte salvaje y mortal.

No puedo decir que fuera consciente de nada de esto cuando era niño, pero tampoco puedo decir que lo desconociera, hay muchas maneras de saber algo, y aun hay maneras de vivirlo, antes de saberlo. Pero, nada, ni el sentido de orden ni el bienestar,

nos podía preparar para la última de esas guerras. Nada en nuestra naturaleza humana nos podía preparar para la guerra, cuando se quitase su última máscara.

Cuando estalló la Guerra de Malvinas yo aún no tenía cinco años. Percibí la excitación en los adultos que me rodeaban, la sensación de que estaba pasando algo, algo inédito, que por fin podría finalizarse ese ciclo de guerras constantes, cada una más injusta y dolorosa que la anterior con un final feliz, con un final justo: recuperar lo que era nuestro y había sido robado hacía más de cien años por el imperio más poderoso del mundo, los piratas, los ingleses. Yo era un niño y vi cómo a mis autitos de juguete, a los pequeños vaqueros e indios plásticos, se sumaron un casco de soldado, una metralleta con luz en la punta de su cañón y, en la televisión, anuncios constantes sobre el sacrificio, el heroísmo y la victoria. El ángulo desde el que un niño ve la realidad es realmente limitado, juegos, juguetes, susurros adultos; sin embargo, creo que no era en esta ocasión muy diferente de la manera en que los adultos podían vivirlo. La sociedad constantemente celebraba por la guerra y por los soldados: colectas, recitales, fútbol, básquet, boxeo, todas las maneras conocidas de celebración y encuentro se realizaban en honor de la guerra, para recolectar ayuda para nuestros soldados. Con los años supimos que la mayor parte de lo obtenido quedó en Argentina, robado por los funcionarios de la dictadura o simplemente olvidado en depósitos, en rincones.

Quizá, y solo quizá, las guerras siempre hayan sido iguales: para los civiles vivir como en un sueño, festejar la vida sintiendo al mismo tiempo que se participa de algo trascendental, único; para los soldados enfrentarse a la muerte es algo indecible, no hay narración que haya transmitido jamás la realidad de enfrentar o aun ingresar a la muerte. De la muerte no se vuelve. De la muerte no se habla. No hay nada vivo que permanezca despierto frente a ella. Nada hay que entender allí.

En una guerra entonces no sólo habría dos bandos enemigos (los buenos y los malos), sino dos bandos opuestos, dos bandos incapaces de comprenderse: el que está “acá” y el que fue “allá”. Unos se fuerzan a vivir mezclados con la muerte, otros se obligan a vivir, a reír, a festejar aun por sus hijos, para tenerlos un poquito presentes.

Les contaba hace un rato que mi lugar era un pueblo petrolero, muy al norte del país, pocos lugares más lejanos hay de las islas, en nuestro país. Un pueblo con un sentido y un mandato, o a lo sumo dos: el trabajo y el Estado. Y ser parte de un Estado nos incluía, de lleno, en la guerra.

Ir a la guerra para muchos chicos quizás haya sido su manera particular de cumplir con ese Estado del que recibíamos todo y al que dábamos todos, un servicio, una inclusión. Hubo chicos originarios que desde ese territorio en el que vivían, desde ese cosmos colectivo y entrañable, llegaron al frío austral. Hubo nómades, hubo

campesinos, hubo pobres, y hubo también clase media que terminó el colegio para perderse en esa nada.

Sin embargo, todo fue vivido sin pensar, casi sin recordar. El tiempo pasó, cayó la dictadura y vino un mundo nuevo, la democracia. Todo casi sin pensar, hasta que en los años noventa el Estado fue desapareciendo dejándonos huérfanos, sin ese sentido suyo, sin ese destino... y también sin trabajo.

Una vez... Una vez, y muchos años más tarde, mientras era un adolescente y miraba todo pasar sentado en la plaza, alguien me inmovilizó los brazos, los aferró por mi espalda, traté desesperadamente de zafar del ataque, me costó pero pude, y vi a Pedro. Pedro quizá desde siempre había estado condenado al margen y la desgracia. Se había criado en las calles y de estas había pasado a la colimba, justo en el terrible momento de la guerra.

En un pueblo pequeño no hay casi espacio para los linyeras, los verdaderos marginales, un pequeño pueblo tiene muy poco espacio para la mendicidad. La “calle” como dimensión es más bien un espacio para las grandes ciudades y su anonimato. Sin embargo, Pedro era todo eso y más. Vestía harapos grises, una barba feroz le comía las facciones del rostro. Ojos terribles miraban con furia, como un antiguo guerrero, como un solitario borracho. Pedro como si no hubiera pasado nada, como si no hubiera intentado pelear segundos antes comenzó a hablar, sin recordar ya su violenta presentación: “A mí me enseñaron cómo disparar”, mientras se acuclillaba, una rodilla en el suelo, y detenía sus brazos en el aire como si sostuviese un fusil. “También así”, mientras se ponía cuerpo a tierra sobre el césped menguado por el sol abrasador. Poco a poco Pedro recordaba y me contaba a mí, junto al resto de los chicos sorprendidos, la guerra que había vivido, y repetía de tanto en tanto palabras y poses... Tanta gente decía que en el Servicio Militar los chicos se hacían hombres, tantas veces habíamos escuchado y hasta creído que era una educación ventajosa para quien no había tenido otra... Pedro seguía hablando... Pedro, al menos una gran parte suya aún seguía en la guerra, ni la calle ni el alcohol ni la miseria a la que había sido condenado por las desgracias de la vida mucho antes de ser un adulto... Nada ni nadie lo había sacado de esa guerra, de esa condena. Y sin ayuda, por la propia sed de ser alguien, de contar quién era, Pedro estaba contando, estaba saliendo poco a poco de allí, repitiendo quién era, qué era, repitiendo aún esa violencia que había sufrido y que aún era parte de su ser.

Yo, un adolescente con anteojos que sufría *bullying* todos los días, no terminaba de reponerme de la sensación de violencia que me había dejado su ataque. Sin embargo, miraba... En medio de mi furia, que era en realidad su furia, en medio de esa nube de emociones, algo comenzaba a clarearse. Porque a más de diez años de una derrota Pedro hablaba y estaba caminando el largo camino de regreso de la guerra.